

Réquiem para un amigo

En sociedades turbulentas y agónicas como la colombiana suelen coexistir hombres y mujeres que luchan de diversa manera. Algunos se enfrentan al mundo con las armas en la mano y asesinan para imponer sus ideas o para defender privilegios, para cambiar el mundo o para dejarlo como está, para producir terror o para transformar el orden; esos son los guerreros. Otros, sin armas, se juegan la vida en campos distintos, creen en la magia de las palabras, en la fuerza de las buenas razones, en la fraternidad como forma de relación humana, en la convivencia como utopía y se pasan la vida tratando de remediar con sus acciones, tanto las injusticias y las exclusiones, como los efectos perversos de las guerras y las violencias; esos son los tejedores.

A este último grupo de seres humanos perteneció Hernán Henao, maestro de todas las horas, universitario a carta cabal, ciudadano que supo asumir los deberes públicos y las responsabilidades privadas, luchador por la paz y por un futuro menos incierto para la ciudad, la región y la nación. Se pasó la vida creando y reforzando lazos de solidaridad en el universo de lo social, tejiendo sueños colectivos para los que habían perdido la esperanza, acortando distancias entre los fragmentos dispersos de esta sociedad escindida y enfrentada, inventando argumentos para convencer sin imponer y abriendo caminos para que los más diversos actores sociales pudiesen llegar sin obstáculos ni cortapisas al ágora virtual de la democracia colombiana.

Su labor de tejedor la desarrolló desde la Universidad, recogiendo de esta manera la mejor tradición bicentenaria de la institución. Siempre pensó que la academia no podía ser solamente un recinto intramuros para dictar clases o para certificar idoneidades profesionales. Soñó con una Universidad deliberante, crítica, libre, capaz de producir conocimiento, de hacer pedagogía social, de ocuparse de los asuntos públicos y de ser interlocutora responsable, tanto de los entes gubernamentales como de las diversas agrupaciones sociales. Ese fue el sentido con el cual se creó, hace un poco más de diez años, el Iner y los otros Institutos de investigación en la Universidad, cuando otro momento aciago hacía temer por la continuidad del único proyecto cultural que ha tenido Antioquia en toda su historia.

Para escarnio y vergüenza de esta sociedad que se acostumbró a la violencia y a cohonestar con el silencio, Hernán fue asesinado en el espacio de su quehacer, en su oficina, cumpliendo con su deber de maestro y con sus compromisos de intelectual. Murió en su ley, de pié, sin claudicaciones ni entregas; su muerte fue testimonio de vida y aunque oscureció y llenó de incertidumbre el mundo académico y de hondo pesar a sus amigos, pensamos que sigue siendo válida su labor de tejedor.

Los vientos de la guerra que ahora cruzan por la Universidad y que han segado otras dos vidas importantes en la Institución, hacen más pertinentes las tareas de la convivencia y la búsqueda de polos de opinión capaces de convencer a los guerreros y a aquellos que, sin serlo, apoyan soluciones de fuerza, sobre la superioridad ética de los acuerdos, sobre la viabilidad política de los consensos y sobre la necesidad de la libertad de pensamiento y de manifestación pública de las diferencias para poder aspirar a una sociedad más justa, pues del silencio, la soledad y el miedo no puede surgir ninguna expectativa democrática y se pierde irremisiblemente el sentido de la Universidad.

El mejor homenaje que podemos hacerle hoy al amigo es continuar con la labor de tejedores y aunque a veces el dolor de su pérdida se haga insoportable y su sangre derramada nos llene de vergüenza, vale la pena seguir pensando en los futuros posibles, como lo hicimos muchas veces con él por los caminos polvorientos de la Antioquia ignorada, en las tiendas de barrio con los muchachos estigmatizados y perseguidos, en los foros con los gremios y los actores gubernamentales, en los simposios académicos, en las clases y en nuestros debates habituales que empezaban en las aulas y se prolongaban en las noches al calor de unos vinos, hablando sin parar de los grandes y los pequeños dramas de este país adolorido y de lo que podía hacerse desde la universidad para remediarlo.

Quiero recordarlo así, con su sonrisa ancha y generosa, con su ademán de cercanía, con su afectuosa mirada, que podía ser de complicidad cuando estábamos de acuerdo o de crítica cuando divergíamos -y lo hacíamos con frecuencia-. Siempre me sedujo su optimismo, su capacidad de ver la luz al final del túnel o de imaginarse que la veía y hacérselo creer a todos, me emocionaba su amor por la Universidad, la dedicación a su familia y su confianza en las herramientas del conocimiento para cambiar el mundo... ahora no está con nosotros y nos sentimos más tristes y más solos pero más convencidos de lo que hay que hacer y de cómo hacerlo.

María Teresa Uribe de Hincapié
Septiembre 1999